



TILMAN PESCH, S. J.



LOS
GRANDES
ARCANOS
DEL UNIVERSO

1

BD581

P4

c.1

C11803



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080022971

A. DEL RIO
ENCUENADOR
San Lorenzo, P. R.
1910

LOS GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO



LOS
GRANDES ARCANOS

DEL UNIVERSO
FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA

POR

TILMAN PESCH, S. J.

OBRA TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN

POR

D. EBERARDO VOGEL, Doctor en Filosofía y Letras, y D. J. M. ORTÍ Y LARA,
Catedráticos de la Universidad de Madrid

Un conocimiento à medias de la naturaleza, aparta
à los entendimientos de la verdad; un conociemien-
to profundo de la naturaleza, los vuelve à ella.

VOLUMEN PRIMERO

Explicación Filosófica de la Naturaleza



MADRID

SOCIEDAD EDITORIAL DE SAN FRANCISCO DE SALES
BOLSA 10, PRINCIPAL.

1890

47887

BDS 81

P 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1890.—IMPRESA DE D. LUIS AGUADO, PONTEJOS, 8



PREFACIO

¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?—¿Quién reina acá dentro por ventura en el santuario de su conciencia? ¿Quién habita allá arriba sobre las estrellas rutilantes?

Estas palabras señalan el polo á donde debe volverse el espíritu humano, á semejanza de la aguja magnética, después de todas sus desviaciones, y el centro en torno del cual se coloca todo un gran conjunto de cuestiones, tesis y problemas, que para una gran parte de nuestros contemporáneos resultan verdaderos enigmas, esto es, cuestiones que son, cuando más, objeto de adivinación, que no de estudio y reflexión metódica. En realidad no hay arcanos, sino problemas; sólo condensando con el uso, les damos el nombre de *Arcanos*. No todos esos arcanos habrán de ser tocados en esta obra, sino únicamente los más importantes y capitales, los que excitan con razón el más vivo interés de nuestro espíritu. Por esta misma razón hemos escrito al frente de ella: *LOS GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO*. En vez de esta expresión hubiéramos podido decir: *Los grandes problemas de la filosofía natural*.

Estos arcanos se nos ofrecen en el orden maravillosamente grande de los fenómenos del mundo en que vivimos y nos movemos; pero únicamente se ven descifrados en el orden del

011809

pensamiento. Aquí también, al sistema de la razón filosófica hemos de acudir en busca de los conceptos con que se resuelven esos grandes problemas.

Al dar á nuestros estudios el nombre de *Filosofía de la naturaleza*, esta palabra *naturaleza* no la tomamos en sentido vago, sino en aquella acepción determinada que posee en la filosofía aristotélico-escolástica. En esta acepción la naturaleza es semejante á un lente óptico que recoge todos los rayos que proceden del universo mundo, para manifestar y hacer accesible á nuestra débil vista el principio supremo y único de todas las cosas.

El punto de apoyo que en filosofía natural estimamos como el único sólido y verdadero, es el llamado *escolástico*.

No ignoramos, á la verdad, que el acto de presentar á un número de lectores mucho mayor que el que puede llamarse *académico*, una filosofía natural desde el punto de vista escolástico, en muchos, y cierto de los que pertenecen á clases muy ilustradas, causará sorpresa y hasta repulsión. Juzgarán por ventura temerario que se hable siquiera de una cosa que la mayor parte de las personas cultas suponen, como si lo vieran, que ha sido definitivamente condenada.

¡Como si lo vieran! Así lo creen ciertamente. El nombre de «Escolástica» ha pasado en realidad al tecnicismo ordinario de la ciencia, tomado en mal sentido. Verdaderamente, ningún sabio novel de nuestros días se juzgará por sabio si no tiene algo que decir contra el cadáver de la «Escolástica»; y el profesor docto mandará allí á donde nadie lo vea, todo aquello que califique de «escolástico». Por supuesto, los más de estos señores habian de verse en grande apuro si les pidiéramos por favor que nos dijeran en resolución qué cosa sea propiamente «la Escolástica». En realidad no saben lo que es; sólo la conocen por cierta manera de instinto y sentimiento: parécenles que huelen algo corrompido cuando oyen esa palabra.

No dejará, por tanto, de excitar interés el ver cómo se pone ante los ojos desde el punto de vista científico, y como se enseña aquella misma «Escolástica» á la que, como si fuera un león ya sin vida, se le viene dando con el pié, cual si con sólo esta acción se sintiera irse elevando el que la ejecuta, al pináculo de la ciencia.

Pero sea de esto lo que se quiera, la verdad es que no escribimos para aquellos precisamente que se dejan vencer de una palabra, sin tener valor para mirar á las cosas mismas. No es de hombres sensatos ciertamente el querer romper las piedras con la cabeza, aunque las vea en medio del camino y le impidan por ventura el paso; pero también es cierto que de día en día se va aumentando el número de las personas doctas y reflexivas capaces de resolverse á examinar por sí mismas aquella suposición. Aunque no nos las prometamos del todo felices, esperando despejar el camino, destruyendo las colosales preocupaciones que, á modo de enormes rocas, mantienen la corriente de la ciencia en la estrecha caja de la moderna cultura, abrigamos, sin embargo, la esperanza de contribuir á que algunos no se sometan tan ciegamente al dogma dictado por aquella especie de poder sobre la reprobación de una filosofía mantenida por la Iglesia Católica.

En la obra que sacamos á luz, se presupone y da por cierta la existencia del mundo exterior, de que dan testimonio los sentidos. Su autor ha probado los fundamentos de esta certeza en otros escritos, que versan acerca del conocimiento especulativo¹.

Muchos puntos de los que aquí serán examinados, fueron ya tratados del autor en artículos de la revista intitulada *ECOS DE SANTA MARÍA DEL LAGO (Stimmen aus Maria Laach)*, los cua-

¹ Tales son: 1.º «*La ciencia moderna considerada en sus razones ó fundamentos*»; 2.º «*La inconsistencia de la ciencia moderna, crítica de la crítica de la razón de Kant*», y 3.º «*Los fenómenos del universo* (las tres en alemán). Friburgo, Herder, 1877-1881.

les el mismo autor concibió después el proyecto de unirlos entre sí de manera que formen un sólo cuerpo de doctrina, ó sea una verdadera Filosofía natural en el sentido de la Escuela. De esta suerte, aquellos artículos han encontrado aquí su último complemento.

No aspira, pues, el que esto escribe, á ser tenido por autor de una *nueva* doctrina filosófica; su intento se dirige únicamente á considerar los problemas que llaman de actualidad, á la luz que brilló en tiempos ya pasados, y á oponer contra errores nuevos verdades antiguas.

De la misma pluma del autor han salido también las *Institutiones philosophiæ naturalis secundum principia S. THOMAE AQUINATIS, ad usum scholasticum accommodatæ* (Friburgi, 1880). El tejido y labor de aquella obra se muestra en esta otra en toda su expansión y grandor; y tanto en una como en otra, salen las sentencias todas filosóficas, *sin* excepción alguna, de la gran corriente de la filosofía peripatética de los anteriores siglos. El que desee orientarse en ella, puede consultar las obras del Padre José Kleutgen, á las cuales, como también á otras, hacemos referencia en las correspondientes citas. Desgraciadamente, aunque las obras del Padre Kleutgen son sobremanera estimadas, así dentro como fuera de Alemania, en muchos centros todavía se las desconoce por completo, precisamente donde sería de gran provecho el conocimiento de las doctrinas contenidas en ellas. Respecto de Aristóteles, en particular, estimamos como es debido la exposición de Trendelenburgo y Zeller, y le prestamos atención cuando se trata de puntos importantes. Estos hombres, no sospechosos ciertamente de parcialidad en favor de la Edad Media, confirman, por otra parte, en la exposición de Aristóteles el sentido recto en este que fué entendido en dicha edad en los puntos decisivos.

Cuanto al modo ó estilo, el que aquí seguimos difiere enteramente del que hubimos de emplear en las instituciones

latinas. En estas, nos acomodamos al uso y conveniencia de las escuelas, guardando en ellas en el fondo el mismo orden sistemático usado generalmente hasta nosotros. Mas en la presente nos proponemos presentar las cuestiones del modo como se ofrecen en la actualidad; y elegiremos aquella manera de exposición que parece más adecuada para elevar el ánimo de los que gustan de las cosas naturales, de la consideración de la naturaleza á la contemplación del último fundamento y principio de los hechos que con ella se ofrecen á nuestros ojos. En cambio habrá que repetir en diversas partes de la obra ciertos puntos decisivos que entran á manera de nudos en la trama del pensamiento concerniente á la naturaleza, los cuales salen, por decirlo así, al encuentro del espíritu reflexivo, y le ayudan en el estudio y consideración de las cosas. En una obra didáctica, tales repeticiones no proceden; mas en una exposición como la que ofrecemos al lector, son de gran utilidad.



IDEA GENERAL
DE LA MATERIA CONTENIDA EN ESTA OBRA

Volumen primero: Explicación filosófica de la naturaleza

Introducción.

Parte primera. *Se prueba la existencia* de una filosofía de la naturaleza

1. puesta en duda por *personas que se dedican á investigar la naturaleza*
2. y por *filósofos.*
3. Justificase la existencia de la *antigua* filosofía natural.
4. *Desarrollo histórico* de la *filosofía natural.*

Parte segunda. La Filosofía natural y los *conceptos fundamentales de la Física.*

1. La *materia*
 - a) según que la presuponen las *propiedades*
 - a) y las *potencias naturales.*
2. La *fuerza.*
3. La *ley.*
4. El *fin.*

Parte tercera. Explicación del *ente natural* según la *moderna* filosofía de la naturaleza.

- I. Explicación de los partidarios del sistema *mecánico.*
 1. El mecanismo exagerado (*adinámico*).
 2. El mecanismo moderado (*ateleológico*).
 3. El mecanismo platónico.
- II. Explicación de los *dinamistas.*
 1. El dinamismo en general.
 2. El dinamismo psíquico en particular.

Apéndice: Explicación *atomística* del ente natural.

Parte cuarta. La explicación *del ente natural* según la escuela *peripatética*.

1. La *constitución interna* de los cuerpos.
2. Las *propiedades y relaciones* de la naturaleza corpórea.
3. *Transformación y corrupción*.
4. *Biología*.
5. *Antropología*.
6. *Origen del ente natural*.

Volumen segundo: Concepto de la filosofía natural acerca del mundo

Parte quinta. El *concepto monístico* de la filosofía natural moderna *acerca del universo*.

- I. El monismo *cósmico*.
 1. El monismo *panteístico*.
 2. El monismo *pesimista*.
 3. El monismo *naturalista*.
 4. *Refutación* del monismo (cósmico) en general.
- II. El monismo *hilístico* (mecánico).
 1. *Crítica en general*.
 2. El monismo hilístico y el *origen del mundo*.
 3. *Origen del hombre*.
 4. *Teoría de la descendencia*.
 5. El monismo hilístico en su relación con la *ciencia y la vida*.

Parte sexta. El *dualismo* de la filosofía peripatética en el concepto que esta filosofía tiene del mundo.

1. *Dios* y su relación con el universo.
2. El *hombre* en sus relaciones con Dios.

Conclusión y Apéndice.



INTRODUCCIÓN

1. Los que conocen á la Iglesia católica por el estudio y consideración de su vida, y no por los retratos que hacen de ella sus enemigos, saben muy bien que siempre ha estimado y tenido la Iglesia á la verdadera ciencia por uno de los bienes más nobles y de mayor y más precioso valor é influencia entre los que pertenecen al orden natural. Así como la Iglesia eleva y ennoblece al hombre cuando le dice y enseña que ha sido criado para servir á Dios—*servire Deo regnare est*—así á la ciencia le confiere rango y dignidad sublime, y cierta manera de independencia, al reconocerle aquel principado que consiste en ser humilde sierva de la verdad, y muy especialmente de la que el mismo Dios se ha dignado revelarnos.

Pues como la estima y aprecio de la ciencia sea distintivo esencial de la Iglesia católica, es también indudable que ningún católico verdaderamente ilustrado puede menos de mirar con vivo interés el curso y movimiento de la ciencia, por más que se haya esta alejado, al parecer, y tenídose por agena de las cuestiones tocantes á la vida y á la Religión.

Este interés sube todavía de punto cuando el espíritu del siglo, espíritu de orgullo satánico, en la guerra que viene haciendo á la verdad, busca, y desgraciadamente no deja de encontrar de algún modo en la ciencia, su principal baluarte.

2. Nada, en efecto, se oye hoy más á menudo en boca de los amigos todos de "la moderna cultura," y aun de los partidarios del progreso que sueñan debe realizar la democracia social, que aquella cantinela en que aseguran que el movimiento total de la cien-

cia moderna, en sus relaciones con el Cristianismo, ha tomado y sigue la dirección de una fuerza centrífuga. La ciencia de la naturaleza en particular, debe ser, á juicio de ellos, la que principalmente está llamada á abrirle el sepulcro al Cristianismo. Todo lo que pertenece á Dios y á Jesucristo, se ve por ella condenado á desaparecer; cuando más, concédénle la gracia de justificar su existencia y su poder allá en tiempos pasados, pero el presente no se le reconoce, y mucho será que lleguen á contemplarlo y admirarlo como se contempla y admira á las grandes ruinas. Y no solamente aquellos que, á semejanza de HÆCKEL, son guiados en sus discursos por la loca fantasía, sino hasta hombres que usan ordinariamente de cautelosa reserva, TYNDALL, por ejemplo, se creen autorizados para anunciar, como quien lo sabe de buen origen, que aunque la fe cristiana de Dios, como Dios y Señor universal de todas las cosas, tuviese la firmeza del bronce, todavía sería destruida por el progreso de las ciencias. He aquí las observaciones, exactas por más cierto en sí mismas, que añade á este propósito el autor á que nos referimos: "Fuerte, dice, es el bronce; pero no obstante, á una caja de bronce puede hacerla saltar el agua, si llega á cristalizar; y en general, cuanto es el metal menos flexible, tanto mayor es el peligro que corre su permanencia"; reflexiones en pos de las cuales vuelve á echar una mirada crítica á *Roma Católica*, la cual persevera en la fe de bronce de las divinas creencias, mientras que muchos pastores anglicanos son harto discretos y prudentes para no ablandar el metal del Cristianismo á fin de acomodarlo al progreso futuro de las ciencias. ¡Cosa notable! hasta en ciertas esferas religiosas, donde todavía hacen algunos alarde de cristianismo, miran algunos, sobrecogidos de temor, los resultados de las ciencias naturales. He aquí las palabras, á menudo citadas, que sobre el particular escribió el "virtuoso", SCHLEIERMACHER, con gran dolor de su corazón: "Mirando al presente estado de las ciencias físicas y naturales, que van formando una idea cada vez más perfecta del universo, ¿qué os parece del porvenir que espero, no diré solamente para nuestra teología, sino para nuestro cristianismo evangélico? Yo presiento que habremos de aprender á no fiarnos demasiado de lo que muchos están acostumbrados todavía á considerar inviolablemente ligado con la esencia del Cristianismo..... ¿Qué sucederá, pues? Por mi parte, ya no viviré para entonces, y así puedo dormir tranquilo; pero Vd., amigo mío, y sus contemporáneos, ¿qué es lo que piensan? ¿Quiéren ustedes atrincherarse, sin embargo, tras esas obras exteriores, y dejarse blo-

¹ Fragmentos de las Ciencias Naturales, Braunschweig, 1874, pág. 44.

quear de la ciencia? Ciertamente, el bombardeo de la lucha no les dañará cosa; ¡pero el bloqueo, el verse sitiados y reducidos á las angustias mortales del hambre por toda la ciencia congregada.....!

No decidiremos aquí si merecen el nombre de cristianos, ni ser alabados como "virtuosos", los hombres que así se expresan: lo que sí debemos decir, es, que tales espectáculos sólo pueden darse en la esfera de un cristianismo mortalmente herido por el más perverso y rebelde subjetivismo: ese lenguaje medroso únicamente es empleado por personas preocupadas con ocasión del progreso científico, mirado superficialmente, sin la tranquilidad y reflexión debida, las cuales han perdido, por otra parte, la convicción consiguiente á la inmutable verdad del Cristianismo.

3. La lucha que forma, por decirlo así, el tema constante y más íntimo de la historia, es siempre la misma. Cambian empero sus modos y accidentes con el transcurso de los tiempos. En una época anterior á la presente, la filosofía era quien llevaba el estandarte de la rebelión; más tarde, cansados los enemigos de la especie de filosófica prestidigitación representada por los "Príncipes del pensamiento, con menosprecio de la realidad empírica, pasó el cetro de la hegemonía, en todo lo que toca al orden intelectual y á la constitución de la vida moral, á la ciencia de la naturaleza. Ese fué el período de tiempo en que el espíritu humano hubo de encerrarse dentro únicamente de lo que se ve con los ojos de la carne, y se toca y palpa con las manos, despreciando á la par todo género de filosofía, condenada á muerte bajo el nombre de *Metafísica*. Ya el viejo GÖRRES escribía sobre este mismo tema las palabras siguientes, duras y amargas á la vez: "Las ciencias físicas y naturales, la Fisiología y la ciencia del alma, han pasado con recelo delante de ella (de la metafísica). Cuando alguno le ha dirigido acaso una mirada de espanto, si después procura ocultar con empeño lo que ha visto, guárdate, hijo mío, de su ciencia, que de seguro es corrosiva. Algo más importante y fundamental que la Metafísica tiene que hacer el físico positivo. Porque tiene que oler y examinar el excremento de las aves; tiene que separar las especies de los parásitos, y ver salir las lombrices en el cuerpo de las ranas: todos los elementos que encierra la corrupción, los tiene que evocar, pues todos piden ser conocidos y conservados en la memoria. Todas estas cosas son, ciertamente, buenas en el lugar que á cada cual de ellas conviene; pero los que de ese modo limitan la esfera de lo escribible, creen que el investigador, mirando siempre abajo, llega por último á coserse con la tierra; después tórna-sele harto difícil de mirar arriba; más tarde este acto se le hace enfadoso, odioso en seguida, y finalmente imposible; y después, cuando ha conseguido finalmente mirar como cosa ajena de sí mis-

mo lo que le toca más de cerca, entonces se tiene por maravillosamente grande, tomando por grandeza la hinchazón causada por el orgullo ¹. Desgraciadamente esos tiempos todavía no han pasado; la forma del tejido ha variado, pero el hilo es el mismo. La batalla se da ahora en nombre de la cultura material, fomentada por la física.

Con todo esto, el abuso que la Filosofía primero, y esta otra ciencia después, han venido haciendo contra los fueros de la verdad, no es razón para que sea tenido en menos el valor y mérito que le corresponden. Por mucho que hayan abusado en nuestros días en obsequio del espíritu ateuístico de estos tiempos, todavía es justo tributar el homenaje de nuestro reconocimiento y admiración á los innumerables, grandiosos y laudabilísimos frutos que debemos á la diligencia prodigiosa y á la sagacidad de muchísimos sabios en materias especiales pertenecientes á ese género de estudios. Séanos permitido repetir á este propósito lo que en cierta ocasión decía el Dr. VON RINGSBIS en la Academia de Munich: "Lo que la bondad de Dios se ha dignado producir fuera de sí al crear el mundo visible, eso debéis, sin duda, vosotros estimarlo en su justo valor, y no tornarlo en asunto de burla y menosprecio, como lo tornó, entre otros, el famoso Hegel, que se reía desdenosamente del diligente naturalista que cuenta los pelos de los escarabajos y los examina al través del microscopio; pero vosotros, á quien por ventura consiguiera dividir absolutamente los átomos, no le deberíais negar vuestro reconocimiento: á la fiel descripción, aun de las más diminutas fibras y células, á los descubrimientos de la Física y de la Química, por sencillos que sean, estimadlos infinitamente más que á los sueños pseudo-filosóficos, huecos y estériles, cuya vacuidad, aun la misma Filosofía, representada en sabios naturalistas, en hombres de Estado y hasta en eclesiásticos, ha tenido en merecido desprecio ². Pues cuando á muchos de estos hombres les entra el prurito de satisfacer los más triviales deseos y á veces las aspiraciones del orgullo, al modo de los que levantaron la torre de Babel; cuando en alas de la ciencia se creen sublimados á una altura de donde no se dignan mirar, si no es con soberano desprecio, las divinas creencias y el orden suprasensible de la vida moral, no es maravilla que nosotros nos aprovechemos de los ricos materiales humedecidos con el sudor de la investigación y preparados por mil pacientes investigadores, haciendo que sirvan al verdadero saber, así como sirvieron los incrédulos y los gentiles, y las mismas bestias de car-

¹ La Mística Cristiana (en alemán), Introducción, pág. 22.

² De la necesidad de la autoridad en las más elevadas regiones de la ciencia. Discurso. Munich, 1856.

ga, cuando fué construído un templo en la antigüedad judáica al Dios de las alturas.

4. Dada esta situación, es un hecho sobremanera consolador, que en los últimos años, á pesar de la contradicción de los tiempos, la sabiduría cristiana ha seguido con redoblada atención el curso de las ciencias naturales. Hombres verdadera y sinceramente cristianos figuran entre los que cultivan estas ciencias, como estrellas de primera magnitud; obras sobremanera notables salen á luz con el carácter y la ley que reciben del espíritu cristiano. En particular ha sido objeto de muchos y muy fecundos estudios la situación de dichas ciencias en orden á las narraciones bíblicas. En esferas mucho más extensas ahora que antes, se inquieren y conocen los resultados positivos de las investigaciones científico-naturales; así se ha disminuído considerablemente el número de aquellas almas pusilánimes que se dejaban imponer por el ruidoso aparato y la afectada seguridad de una ciencia enemiga de Dios; y no pocas veces la indignación contra el abuso, que clama al cielo, del nombre de ciencia ha sucedido al temor de las almas intimidadas por los que le toman en vano.

5. En el presente escrito se llamará la atención del lector, tanto sobre un sistema determinado de investigación científica, como sobre el concepto que da unidad á la ciencia del universo físico, y guía y domina á la parte visible de la naturaleza. Para esta superior inteligencia se han ordenado las cosas en estos últimos decenios de un modo sobremanera favorable.

Hubo un tiempo en que los doctos exploradores de la naturaleza visible, teniendo que promover los bienes terrenos, se hallaban muy á gusto sobre la superficie del mundo de los fenómenos, sin sentir interés ninguno por el conocimiento de la *esencia* de las cosas. El único postulado metafísico era entonces una materia privada de fuerza y divisible hasta lo infinito, ó también una fuerza sin materia, de la cual se suponía que todo estaba animado; con esto creíase haber bastante para poder construir los fenómenos que tocan á la vida de los sentidos. Ahora esto ha pasado. Los tiempos en que los sabios renuncian á pensar profundamente, limitándose á observar y consignar exactamente los hechos percibidos por los sentidos; tiempos en los que el ánimo se da por satisfecho con utilizar para las múltiples exigencias de esta vida caduca el conocimiento de las leyes de la naturaleza, v. gr., el conocimiento de los astros sólo para el de las capas de la tierra; tales tiempos, decimos, son dichosamente no más que una excepción de la historia de las investigaciones científicas y de la ciencia. Jamás será poderoso el mundo entero sensible á satisfacer la sed de saber del noble espíritu humano; siempre que éste se vea como

aprisionado en ese medio, volverá naturalmente los ojos al ideal. Jamás desaparecerá la cumbre de las más sublimes especulaciones de los ojos de nuestro espíritu, y siempre los pensadores graves y reflexivos habrán de fijarlos en las riquezas conquistadas en el campo de la simple observación para reproducir en la mente el sistema del universo. Ciertamente, todo espíritu levantado se eleva en alas del discurso á aquellas luminosas alturas desde las cuales se contempla la inmensa corriente de los hechos que acacien en este mundo visible, viendo de dónde viene, y á dónde va, y llegándose de este modo á la posesión de aquella ciencia que remata y corona el saber natural del hombre.

Hoy se ha despertado esta noble tendencia en el mundo científico-filosófico en todas partes, es decir, procurábase unir y concordar los resultados de la investigación científica con la idea superior, una é indivisible, del mundo y de la vida. La Filosofía y la Física, tomada esta última en sentido lato, se han aproximado la una á la otra. Esto, lo repetimos, es un hecho consolador. Porque es evidente, que unidas la actividad del filósofo y la del naturalista, es decir, la correcta observación de la realidad que inmediatamente podemos percibir, unida con la reflexiva consideración de la realidad suprasensible que se nos ofrece en el mundo, nos es ciertamente dado llegarnos á la verdad. ¡Con cuánta confianza no debemos, pues, mirar al porvenir, si el "pueblo alemán," en todo lo que toca al moderno desarrollo naturalístico, se acuerda, para hablar con ZELLER, de las "condiciones espirituales y morales," del "ideal," y si los filósofos no pierden de vista "la razón de los fenómenos!" No es esto decir que deba pensarse con ZELLER en el fantasma de la Filosofía alemana, en "el ideal," que ZELLER acaricia; no: los filósofos deben volver sus ojos á los fundamentos *reales* del mundo *real*; y los sabios que discurren sobre las cosas meramente físicas, deben, por su parte, levantar la vista hacia aquellos luminosos ideales que, partiendo de una *realidad* suprasensible, exponen las cosas de acá abajo atribuyéndoles mayor valor del que tienen para los sentidos. Ante todo, debe procederse con rectitud, libre el ánimo de pasiones y preocupaciones. El investigador físico debe contribuir á la obra sólo con los resultados positivos de observaciones exactas, y aun estar dispuesto á renunciar á las aprehensiones sensibles y á aquel modo de considerar la vida humana que fácilmente se avienen con la observación parcial de los fenómenos. Y los filósofos, por su parte, sólo deben considerar en el entendimiento las fuerzas que sirven para *indagar* y reconocer la realidad, y aun deben renunciar á toda especie de *fabricación* de la verdad, y enderezar todo su anhelo á la razón y fundamento de lo existente.

Pero desgraciadamente los dos ejércitos confederados de filósofos y de sabios naturalistas y físicos, no siempre han acertado á emanciparse del pernicioso influjo del sensualismo reinante. Muchas veces se ha mostrado el intento de negar al hombre el reino de lo suprasensible, la Metafísica propiamente dicha, y desterrarle para siempre al mundo de las sensaciones, ora presentándole ciegamente como imposible de ser conocido lo que sobrepuja á los sentidos, y negándose, con los partidarios del *empirismo*, la posibilidad de la filosofía natural, ora suprimiendo por completo todo el orden suprasensible, y reduciendo á ciencia puramente física toda la filosofía natural. Hay, sin embargo, entre los físicos y naturalistas, quienes penetrados de la imposibilidad de resolverse por medio de la materia movida mecánicamente las cuestiones sobre la naturaleza de las cosas y el verdadero concepto del universo, han vuelto á las especulaciones idealísticas de los alemanes, singularmente de Schelling y Shopenhauer, creyendo que tras los velos del mundo fenomenal pueden llegar con el pensamiento á la concepción de algún ser ó mónada invisible y primera. Empirismo, materialismo, monismo: tales son las escuelas en que se divide la moderna filosofía.

6. Muy de otro modo se ha la filosofía antigua. Reconociendo, como reconoce, todo el valor del humano conocimiento en la parte de la naturaleza accesible á los sentidos, ve solamente aquí el punto de partida para un conocimiento que sobrepuje á la potencia sensitiva, con el cual puede juntar un estudio filosófico ó una filosofía de la naturaleza en el sentido verdadero y propio de esta palabra; es decir, que puede elevarse con el pensamiento sobre la esfera de lo puramente sensible hasta el conocimiento de las últimas y más íntimas y escondidas razones, estableciendo el *ser* real de ellas sobre la primera causa y principio. De esta suerte es conducida la humana razón al vasto sistema de lo que hay más allá de lo que pueden alcanzar los sentidos. No perdamos de vista que, gracias al conocimiento menos imperfecto de la naturaleza, resulta cada vez más confirmado el crédito de la antigua filosofía como única filosofía recta y digna de ser sostenida, y que sólo ella tiene virtud para satisfacer todas las exigencias del espíritu racional, y orillar todas las dificultades que parecen oponerse á sus conclusiones. De esta suerte el vasto conocimiento de la naturaleza, en que se gloria la edad presente, podrá presentar cada día con más claridad el resultado que presentian, por lo menos, los sabios físicos y naturalistas, á saber: la rehabilitación de la filosofía peripatético-escolástica.

En la presente obra pensamos demostrar este aserto, mostrando que el progreso del conocimiento de la naturaleza, considerado

en toda su extensión, tiende á restituir el honor debido á las ideas capitales de los grandes pensadores y filósofos de la antigüedad.

¿Con que según esto, habrá de ser osada la rancia sabiduría de antaño, mil y mil veces reprobada, á comparecer de nuevo en medio de la luz meridiana que resplandece en el siglo XIX? Almas hay, á la verdad no pocas, tan pacatas y de tan poco aliento, que dicen que el respeto á los que pagan tributo al progreso moderno debiera movernos á no recomendar un punto de vista tan claramente retrospectivo; mas nosotros creemos firmemente, que aun entre nuestros adversarios, no faltan muchos caracteres imparciales que tratándose de cuestiones científicas no están por humanos respetos, sino antes aprueban que sea guiado el ánimo del puro amor de la verdad.

¿Por ventura es tan perfecto y brillante el estado de la filosofía moderna, que con ella puedan darse por satisfechas todas las esperanzas y exigencias del espíritu humano? BOERNE ha comparado con mucha propiedad la filosofía de nuestro siglo con los modernos caseros, que raras veces habitan su propia casa: no bien la han acabado de levantar, vienen otros á ella para ver si les conviene, eligiendo cada cual lo que más le gusta. A tal extremo se ha llegado en este punto, que el arruinar lo antiguo y el construir de nuevo se ha tenido por esencial á la filosofía.

Es tal el presente estado de la filosofía, que el recelo y desconfianza de ella ha penetrado en el común de las gentes. El infeliz BRENTANO ha dedicado un estudio á la consideración de esta desconfianza universal; y aunque él sea amigo entusiasta de las empresas filosóficas, todavía procura justificarla con el estado facticio en que ha venido á parar la filosofía. Lejos estamos nosotros de seguirle en su camino; pero no obstante dámosle la razón cuando nos dice: "El desarrollo de la filosofía reinante no es comparable con el de ninguna ciencia; porque con esta filosofía no queda huella de conocimiento estable que merezca ser respetado como verdadero tesoro y patrimonio de las generaciones sucesivas; en esta filosofía nace perpetuamente una generación incesante de formas nuevas que pugnan entre sí. No es este el carácter de la verdadera ciencia; porque ninguna ciencia sufre novedades y diferencias en cada cabeza, ni varía de color y figura en cada un año. Toda ciencia tiene por objeto la *verdad*: verdad tanto más compacta y unida, cuanto mejor se la comprende; mas he aquí que en nuestros días, merced á la filosofía, la división reina hasta sobre los principios fundamentales. Si nos ocurriera señalar con el dedo á la filosofía actual, este signo no querría ciertamente decir: "He aquí una ciencia," sino: "He aquí los escombros, he aquí el campo funerario donde podría existir una ciencia." En resumen, la disquisición de

Brentano viene á ser esta. El pacto de que tanto se habla entre la filosofía y la ciencia de la naturaleza, el cual debe ahora llevarse á cabo, resulta aquí irrealizable, pues consistiría en que el filósofo de profesión conviniere con la falsa ciencia de la naturaleza sensible, concediendo la teoría del mecanismo, la lucha por la existencia, etc., y luego al punto la tomase para llevarla al tálamo que ha construído en los campos del monismo ó del criticismo, poniendo una parte aquí, otra acullá, y la tercera Dios sabe dónde.

Al contemplar la fluctuación de todas las convicciones imaginables, aun las más absurdas, y esta intranquilidad, incertidumbre y ausencia de consejo, esta lucha entre el idealismo y el realismo, entre el monismo y el atomismo, entre el dinamismo y el materialismo, entre el platonismo y la adaptación mecánica de DARWIN, no creemos pecar de exajerados si exigimos de los que cultivan las ciencias físicas y naturales, y de los filósofos, que se enteren siquiera de una doctrina que durante largos siglos fué profesada en la antigüedad. Si del estudio y conocimiento de ella resulta que todas las conclusiones de que son deudoras dichas ciencias á la diligente y prolija investigación de los nuevos tiempos, hacen la más bella consonancia con los dogmas fundamentales de aquella antigua ciencia, acaso se resuelvan á pensar si en esa antigua Filosofía se hallará la luz necesaria á la solución de muchos problemas actuales que están por resolver.

7. Por lo que á nosotros toca, en el camino que vamos á recorrer, ofrecemos, en primer término, las razones y posibilidad de la existencia de la Filosofía de la naturaleza. Lo segundo, vamos á escudriñar con atenta mirada los puntos de contacto entre la Filosofía natural y la ciencia de la naturaleza, ó, en otros términos, á fijarnos en aquellos puntos en que la consideración de las cosas sensibles conducen al conocimiento de lo suprasensible (Metafísica), que es del dominio de la Filosofía. Estos puntos de contacto se dan en los *conceptos fundamentales* con que el investigador concluye su ciencia, y en los sistemas que él se pone desde el punto de vista filosófico, para llegar á un conocimiento fundamental de la naturaleza. La segunda parte se ocupará en los cuatro principios ó fundamentos de las ciencias naturales. La tercera expondrá los diferentes sistemas de la moderna Filosofía natural, poniendo de manifiesto sus errores é insuficiencia. Y juntamente con este juicio habremos construído el sistema de la antigua Filosofía de la naturaleza, que colocaremos en la cuarta sección.

Sobre el conocimiento de las cosas naturales levántase el del mismo universo; y así, después que hayamos puesto de manifiesto en la parte quinta las doctrinas antiteílicas, ó por lo menos ateís-

ticas del monismo, dedicaremos la sexta parte al dualismo del concepto aristotélico del mundo.

Así tendremos ocasión de entrar por la senda que, partiendo del estudio racional de los hechos ó efectos naturales, dirija al entendimiento humano al conocimiento de Dios, y presente la explicación de la más interesante de las cuestiones: "¿Para qué fin ha sido puesto, y realmente vive el hombre en este mundo?,"



PARTE PRIMERA

LA RAZÓN DE SER DE LA FILOSOFÍA NATURAL

CAPÍTULO PRIMERO

La razón de ser de la filosofía natural, puesta en tela de juleco por físteos y naturalistas

§. I.

Dos corrientes: especulativa monística y empirismo.

§. Si ahora fijamos la atención en la idea que la ciencia de la naturaleza, por boca de sus representantes y maestros, nos da de la esfera de su actividad, de la extensión de sus dominios, y de su razón de ser, echaremos claramente de ver que las opiniones se suceden siguiendo dos direcciones diferentes. Para muchos, la ciencia de la naturaleza no debe de ningún modo contentarse con el examen, clasificación y esclarecimiento de los fenómenos naturales, sino debe penetrar con el pensamiento especulativo hasta el fundamento de ellos, á fin de constituir sobre el terreno de la naturaleza misma la filosofía del Universo; otros, por el contrario, concediendo únicamente valor á los objetos percibidos por los sentidos, y menospreciando todo género de especulación, no conocen más que cuerpos y propiedades de cuerpos: estos mismos llaman *trascendente* á todo lo que sobrepuja los sentidos, y á la trascendencia la consideran con BÜCHNER como un extravío del espíritu humano, y añaden que la simple explicación de los fenómenos naturales es suficiente para dar un concepto acabado de la naturaleza y de la vida. Aunque en no pocos puntos ambas opiniones han llegado á mezclarse y confundirse, todavía de sus conceptos respectivamente más salientes se han originado dos sistemas que pugnan entre sí. Una de estas dos tendencias es seguida por los dinamistas, por los naturalistas, y señaladamente por la